

RESURRECCIÓN

Cuando era pequeño, hace mucho de esto, era monaguillo en mi pequeño pueblo de Ávila. Una Nochebuena me fue a buscar el cura a casa de mis abuelos, donde cenábamos toda la familia, porque un hombre estaba muriendo y había que darle la extremaunción. Salí a la calle temblando de frío y de lo otro, sujetando la cruz y el caldero de agua bendita que había que llevar en esos casos. Allí estaba un hombre en su cama agonizando entre sudores, pero con los ojos todavía bien abiertos, como queriendo agarrarse a la vida. El cura empezó con lo suyo hasta que terminó. Parecía que el hombre estaba deseando que acabara el acto para morir, pero no fue así. Cuando se le hizo la cruz en la frente con los santos oleos, el moribundo miró a su esposa y le dijo que quería una última copa de coñac. No se sabe si fue para soportar mejor el momento de la muerte o por puro vicio, ya que era buen bebedor. Ante ello se miraron todos los asistentes sin saber qué hacer. Una de las hijas no lo pensó dos veces, fue a buscar la botella de Soberano y vertió un poco en una copa. El moribundo, que miraba el acto con atención dijo con la voz medio apagada: *«No, no, más llena, más llena»*. Nosotros nos fuimos, porque nuestro trabajo había terminado. Al día siguiente supimos que Venancio (así se llamaba) no había muerto. En realidad resucitó para dos años más. Unos dijeron que fue la extremaunción, otros que el coñac. Pero no se sabe a ciencia cierta. El médico tampoco fue muy explícito al respecto, no supo aclarar la situación. Pero en los pueblos de alrededor durante varios años se vendió mucho Soberano. Ya no.

(Publicado en AvilaPluma. Microrrelatos. Avila.2013)